



Los Profetas bíblicos

CURSO BÍBLICO – AÑO PASTORAL 2023-2024

INFIDELIDAD Y RECHAZO DE LA PALABRA¹

«Así dice el Señor: De la misma manera destruiré el orgullo de Judá y el orgullo desmedido de Jerusalén, de ese pueblo que se niega a obedecerme, que sigue los impulsos de su corazón endurecido, que va detrás de dioses extranjeros y les rinde adoración. Serán como ese cinturón inservible. Como se adhiere el cinturón a la cintura del hombre, así me ceñí a judíos e israelitas para que fueran mi pueblo, mi fama, mi gloria y mi honor – oráculo del Señor–. Pero no obedecieron» (Jeremías 13,9-11).

Premisa

En los profetas hay un recordatorio continuo de la infidelidad del pueblo: traición a la alianza, rechazo de la Ley, formalismo en el culto, recurso a los ídolos, explotación de los pobres.

Es amarga la observación del Señor: «Les hablé con cuidado e insistencia, ¡pero no me escuchasteis! He enviado con entusiasmo a todos mis siervos, los profetas, para deciros: “Cada uno de vosotros debe abandonar sus caminos perversos y mejorar sus acciones y no seguir ni servir a otros dioses, pero no me escucharon ni me escucharon”» (Jer 35,14-15).

¡No me escuchaste! Esta severa reprensión del Señor va seguida de palabras duras y cortantes.

EL RECHAZO DE LA PALABRA

Un amor inestable y fugaz

Se acusa al pueblo de no reconocer y no acoger a su Dios: “El buey conoce a su dueño y el asno al pesebre de su amo, pero Israel no sabe, mi pueblo no entiende” (Is 1,3).

Jerusalén, después de haber traicionado el amor de la juventud y la alianza con Dios, se convirtió en esposa infiel, hasta el punto de ser tratada como una prostituta, una puta desvergonzada (cf. Ez 16,30-31).

De manera más general, Dios reprende a Efraín y a Judá por su amor efímero y fugaz: “Tu amor es como la nube de la mañana, como el rocío que se desvanece al amanecer” (Os 6,4).

Niños testarudos e infieles

Israel se alejó de Dios por su terquedad, se negó a escuchar la palabra del Señor.

Los profetas se hacen eco de esta terquedad. Podemos recordar el lamento de Dios hacia los habitantes de Sión: “Abandonaron la ley que les propuse y no escucharon mi voz... sino que siguieron la terquedad de su corazón” (Jer 9,12-13). A Ezequiel, enviado entre los exiliados, Dios le dice: “Te envío a los hijos de Israel, raza de rebeldes que se han rebelado contra mí... Son niños testarudos y de corazón endurecido” (Ez 2,3-4).

¹El texto de referencia de esta sección es G. Cavallotto, *Il grido dei Profeti*. Parole senza tempo, Ed. San Paolo, Cinisello Balsamo (MI) 2023

La negativa a escuchar al Señor se traduce en infidelidad, marcada con expresiones severas y desconcertantes: “ramas degeneradas” (Jer 2,21), “sementales bien alimentados y fogosos” (Jer 5,8), “rebeldes” (Ez 2,3; 3,26; 12,9), “adúlteros” (Os 7,4) e “hijos bastardos” (Os 5,7).

Inútil e insignificante

Quien rechaza la palabra de los profetas, rechaza la palabra de Dios: “La casa de Israel no quiere escucharte porque no quieren escucharme” dice el Señor a Ezequiel (Ez 3,7).

El rechazo de la Palabra conduce a la irrelevancia. Los profetas recurren a imágenes duras y despiadadas para denunciar la esterilidad del pueblo infiel: “*higos podridos*” (Jer 29,17); “*olla oxidada*” (Ez 24,6), porque está incrustada de pecados; los “*sarmientos*”, ni siquiera aptos para alimentar el fuego (cf. Ez 15,2-6), el “*pastel mal retorcido*” (Os 7,8), por lo tanto, mal cocida y no comestible; cinturón podrido, por tanto, inservible (cf. Jer 13,8-11). Para Isaías, los hijos de Israel son como una mujer embarazada que está a punto de dar a luz y se retuerce de dolor, pero no da a luz nada: “*Concebimos, sentimos los dolores como si estuviéramos dando a luz: solo era viento; no hemos traído la salvación a la tierra*” (Is 26,18).

Pero si “escucháis mi voz”, dice el Señor, “vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios” (Jer 11,4).

Paciencia y consideración del Señor.

Si por un lado Israel persiste en ignorar y rechazar la palabra del Señor, por otro Dios no se rinde: continúa hablando, iluminando los pasos de sus hijos para levantar a los que caen.

Los profetas, portavoces del Señor, intervienen con valentía y firmeza para denunciar la terquedad del pueblo y suscitar su escucha. Su reproche, que se convierte en invitación, resuena en el salmista: “*No endurezcáis vuestro corazón como en Meribá. Durante cuarenta años estuve disgustado con aquella generación y dije: Es un pueblo de corazón apostatado, que no conoce mis caminos*” (Sal 95,8-10).

Este llamado también resuena en nuestra generación. Dios nunca se cansa de hablar. Lo que hizo con los profetas se realiza plena y definitivamente en Jesucristo, revelador de la palabra del Padre: “*Dios, que muchas veces y de diferentes maneras en la antigüedad había hablado a los padres por los profetas, últimamente en estos días, nos habló por el Hijo*” (Heb 1,1-2). El mismo Jesús atestigua que “las palabras que [tú, Padre] me has dado, yo se las he dado” (Jn 17,8). Las suyas son palabras de vida y de salvación para quienes las acogen: “*Quien escuche estas palabras mías y las ponga en práctica será como un hombre sabio que edificó su casa sobre la roca*” (Mt 7,24). Es el camino propuesto a cada oyente.

Escucha, Israel

Es el comienzo de la oración llamada *Shemá' Israel'*, que el piadoso israelita era y es invitado a hacer por la mañana y por la tarde.

Se refiere sobre todo a Dt 6,4-10 y 11,18-20. Central es la afirmación: “*Escucha, Israel: el Señor es nuestro Dios, el Señor es uno. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*” (Dt 6,4-5).

La escucha, basada en la plena adhesión a Dios con la implicación de todas las capacidades de la persona, nos compromete a acoger y observar los mandamientos del Señor y a enseñarlos a nuestros hijos.

Sin embargo, la oración del Shemá a menudo no ha sido seguida por una respuesta de la persona que reza.

La historia del pueblo elegido ha registrado un continuo rechazo de la Palabra: marcó los cuarenta años pasados en el desierto y continuó incluso después de llegar a la tierra prometida.

Un testimonio elocuente de la historia de la infidelidad se encuentra en el capítulo 20 de Ezequiel. Dirigida a los hijos de Israel, desde la salida de Egipto hasta el exilio en Babilonia, la severa llamada del Señor resuena como un estribillo: “*Se rebelaron y no quisieron escucharme*”.

Los profetas, conscientes de su obstinación y de su negativa a seguir al Señor, invitaron repetidas veces a escuchar la Palabra y volver a Dios. Su petición se basaba en un anuncio de salvación: Dios, fiel a la alianza, no se olvida de sus hijos, aunque sean rebeldes e infieles, porque es un Dios que llama, espera, siempre acoge, tiene palabras de perdón, de consuelo y de vida.

En nuestro tiempo hay cada vez más personas que no prestan atención a la palabra del Señor. Muchos no la conocen. Otros, por ignorancia o autosuficiencia, lo consideran insignificante o irrelevante.

Incluso los cristianos suelen estar poco familiarizados con los textos sagrados.

Para que la Palabra llegue a la persona es necesario un anuncio que sea capaz de despertar interés, asombro, curiosidad y, al mismo tiempo, ayude al oyente a pensar, a interrogarse, a iniciar la búsqueda. Para Paul Beauchamp, un texto bíblico es significativo si “me cuestiona porque soy un hombre”. Un hombre, por tanto, que reflexiona y se hace preguntas para dar nueva vida a su vida. Abraham Joshua Heschel responde a la pregunta de quién es el hombre y cuál es su destino: «*La primera respuesta a la pregunta “quién es el hombre” es la siguiente: es un ser que pone preguntas a sí mismo*».

Si es necesario ofrecer respuestas, sigue siendo fundamental saber plantear preguntas.

PUENTES QUEMADOS

De hecho, “*en lugar de volverse hacia mí, me dieron la espalda*” (Jer 7,24).

En muchos casos el pueblo ha abandonado a Dios alejándose de Él: ha quemado, total o parcialmente, los vínculos con el Señor, considerándolo irrelevante, insignificante, cuando no insensible, inútil o poco fiable. La aspiración de autonomía, el deseo de independencia y de libertad ilimitada, la búsqueda de las propias seguridades, aunque sean cisternas rotas, anticipan rasgos de la secularización dominante en la era posmoderna.

Se pueden recordar algunas actitudes del espíritu “secularizado” de Israel en el período monárquico y en el período posterior al exilio.

Dios irrelevante o inexistente

A veces Dios es considerado indiferente o ajeno al comportamiento de las personas, hasta el punto de negar su existencia.

Significativa es la respuesta de los ancianos que, acusados de prácticas idólatras en el templo, siguen repitiendo: “*El Señor no nos ve, el Señor ha abandonado la tierra*” (Ez 8,12).

Expresión de un sentimiento común es la pregunta de algunas personas temerosas de Dios: al no ver la diferencia entre justos y malvados, creen que es inútil servir a Dios y se preguntan: “*¿Qué beneficio hemos recibido de haber observado sus mandamientos o por haber andado en todas las cosas delante del Señor de los ejércitos? Más bien debemos proclamar bienaventurados a los soberbios que, a pesar de hacer el mal, se multiplican y, a pesar de provocar a Dios, quedan impunes*” (Mal 3,1-4-15).

Además, llama la atención la reacción radical de los hijos de Israel, que llegan incluso a negar la existencia de Dios: “*Han negado al Señor, han proclamado: “¡Él no existe!”. La desgracia no vendrá sobre nosotros*” (Jer 5,12).

Aunque a veces no se niega la existencia de Dios, para muchos la presencia del Señor es irrelevante en sus elecciones. Dios, sin embargo, asegura a Israel, que duda de su cercanía: “Yo te formé, tú eres mi siervo; Israel, no te olvidaré de mí” (Is 44,21).

Un Dios poco confiable

En algunos casos el pueblo cree haber sido abandonado por Dios: «Sión dijo: “El Señor me ha abandonado, el Señor me ha olvidado”» (Is 49,14).

De hecho, muchas veces gobernantes y pueblos, en lugar de confiarse a Dios, han preferido otras seguridades: la alianza con potencias extranjeras como Egipto y Asiria, sobre todo la búsqueda de protección y fertilidad mediante el uso de dioses paganos, los cultos a las colinas, a la prostitución sagrada. En vano repite el Señor que los ídolos son artefactos humanos, no salvan, se comportan como espantapájaros en un campo de pepinos (cf. Jer 10,5).

En realidad, la alianza con los poderes dominantes y el uso de ídolos subrayan la falta de confianza en el Señor, considerado poco fiable.

Los profetas denuncian este comportamiento como una especie de adulterio.

Autosuficiencia

También está el orgullo, la actitud presuntuosa de quien olvida sus límites como criaturas.

Seguro de su conocimiento, rechaza la palabra de los profetas, cuya utilidad no percibe. Cuestiona las acciones del Señor, provocando su reacción: «¿Quieres interrogarme sobre el futuro de mis hijos y darme órdenes sobre el trabajo de mis manos?» (Is 45,11).

En particular, el presuntuoso crea poder prescindir de la ayuda de Dios: así, ante la destrucción de Samaria permitida por el Señor, sus habitantes dijeron con orgullo: «Los ladrillos han caído, los reconstruiremos en piedra, los plátanos han sido destruidos los reemplazaremos con cedros» (Is 9,9).

En lugar de confiar en Dios, el presuntuoso pone su seguridad en sí mismo, en sus propias capacidades, en su poder, en la acumulación de riquezas.

Arrogancia

Explícitamente Dios, por soberbia y arrogancia, rechaza al asirio Senaquerib (cf. Is 37,36-37), al rey de Tiro (cf. Ez 28,11-19), al faraón (cf. Ez 31-32), así como Belsasar, Alejandro Magno, hasta el abyecto y cruel Antíoco IV Epífanes (cf. Dn 11,21-45).

Ellos, en su arrogancia, se consideran invencibles, superiores a los demás, incluso a Dios, por eso Nabucodonosor piensa en elevar su trono por encima de las estrellas de Dios y en hacerse igual al Altísimo (cf. Is 14,13-14). Por su parte, el príncipe de Tiro, en su orgullo, llega a decir: «Yo soy un dios» (Ez 28,2).

La arrogancia no es sólo de los poderosos de la tierra. Isaías se dirige a los señores de Jerusalén y los llama «*hombres arrogantes*» (Is 28,14). Oseas denuncia la arrogancia de Israel (cf. Oseas 5,5; 7,10).

Incluso los antepasados conocían la arrogancia. Cediendo a la tentación de la serpiente, comieron del fruto prohibido, pensando que llegarían a ser como Dios (cf. Gn 3,5).

Permanece la advertencia del profeta: «*Dejen de actuar con arrogancia*» (cf. Is 28,22).

Responsabilidad personal

El Señor dice: «*No pagará el hijo la iniquidad del padre, ni el padre la iniquidad del hijo... Yo les juzgaré a cada uno según su conducta*» (Ez 18,20.30).

La libertad es un don extraordinario que Dios confía al hombre. Al mismo tiempo, pide opciones coherentes y responsables. Cada uno, sin culpar a los demás, debe dar cuenta de sus acciones a su propia conciencia y a Dios. El Señor añade: «*He aquí, les pongo delante el camino de la vida y el camino de la muerte*» (Jer 21,8; cf. Dt 30,15).

Es fundamental la referencia a la palabra de Dios: «*Bienaventurado el hombre que... medita día y noche en la ley del Señor. Es como un árbol plantado junto a arroyos... Todo lo que hace, lo logra bien*» (Sal 1,2-3). A quienes abandonan la fuente de agua viva y excavan cisternas resquebrajadas, Dios repite: «*Yo, yo soy el Señor, fuera de mí no hay salvador*» (Is 43,11).

JUSTICIA SOCIAL PISOTEADA

Los profetas no son activistas sociales. Fieles a las expectativas del Señor, sin embargo, han señalado repetidamente una plaga social: la explotación de los más débiles. Se presta especial atención a los huérfanos, a las viudas, a los extranjeros, las categorías sociales más marginadas según las Escrituras. Estos términos también tienen un significado más convencional. Es decir, pueden referirse, por extensión, a las personas más frágiles y vulnerables de todos los tiempos: los explotados, los humillados, los marginados.

Privilegiados y descartados

Primero Amós en el reino del norte, en Samaria, y más tarde especialmente Miqueas, Isaías, Sofonías, Jeremías y Ezequiel en el reino del sur, en Jerusalén y Judea, denuncian una gran brecha entre ricos y pobres: por un lado, unos pocos ricos, por el otro el otro, la mayoría de los menos favorecidos, formado por los explotados, los indigentes, a menudo personas en situación de pobreza.

Es un sistema de injusticias que, de diferentes maneras, se ha consolidado con el tiempo. Entre los privilegiados se encuentran reyes, gobernantes, líderes, dignatarios, funcionarios, jueces, guardias y sacerdotes del templo, terratenientes y comerciantes.

Entre los indigentes se encuentran pequeños terratenientes, agricultores, jornaleros, criadores de ovejas, trabajadores ocupados y mal pagados en la construcción de palacios reales, murallas de defensa de la ciudad y casas señoriales indigentes. Son personas marginadas, humilladas, normalmente sin educación, sin voz en la gestión de la vida social.

Amós recuerda en varias ocasiones la vida feliz y despreocupada de los ricos. Los gobernantes y los ricos viven en palacios (cf. Am 3,9~11; 6,8), poseen casas en invierno y en verano (cf. Am 3,15), tienen casas de piedra (cf. Am 5,11), viven en casas de lujo entre banquetes y cantos: «*Tumbados en lechos de marfil y tumbados en sus sofás comen los corderos del rebaño y los terneros criados en el establo. Cantan al son del arpa, beben vino en grandes copas y se ungen con los mejores ungüentos, pero no se preocupan por la ruina de José*» (Am 6,4-6). El juicio del profeta sobre las mujeres ricas de Samaria, llamadas «*vacas de Basán*», es particularmente severo: «*Oprimís a los débiles, aplastáis a los pobres y decís a vuestros maridos: "¡Traed acá, vamos a beber!"*» (Amós 4,1).

Isaías también acusa a los ricos propietarios por su abuso en la construcción: «*¡Ay de vosotros, que añadís casa tras casa y unís campo tras campo, hasta que no queda lugar!*» (Is 5,8). No faltan tampoco los profetas que acusan a los pastores – gobernantes y líderes – de explotar al pueblo (cf. Jer 23,1; Ez 34,2-4).

La clase más pobre, además de tener menos acceso a los bienes de consumo, sufrió más por la escasez de productos agrícolas destruidos por la sequía, por la invasión de langostas e insectos depredadores. La dificultad de los menos ricos se vio agravada aún más por la obligación de ofrecer las primicias al rey, de prestar temporalmente su trabajo gratuito para la construcción de los palacios del rey y el cultivo de sus campos, sobre todo por la pesada carga de los impuestos destinado a la corte para la organización y vida del palacio, para el funcionamiento de la administración, para el apoyo de los compromisos económicos asumidos por el rey mediante el vasallaje hacia los gobernantes de turno.

Además, las familias a menudo tienen que recurrir a solicitar préstamos para cubrir sus necesidades primarias, lo que a menudo significa endeudarse insosteniblemente y, en cualquier caso, vivir en una pobreza grave. Además, en la vasta galaxia de los pobres, los menos protegidos eran los huérfanos, las viudas y los extranjeros – los llamados *gherím* – que residían permanentemente dentro de las fronteras de Israel.

Finalmente, las personas más humilladas y degradadas fueron los esclavos. Los judíos, incapaces de satisfacer las deudas contraídas, se convertían en esclavos del acreedor, a quien eran vendidos el cabeza de familia o los hijos. La ley preveía que después de seis años el judío o la judía, vendido como esclavo, debía regresar a la libertad y no ser devuelto con las manos vacías, es decir, con lo necesario para sobrevivir (cf. Dt 15,12-14). La norma, en realidad, no se aplicó, como atestigua Jeremía.

Estamos en el año 588-587, durante el asedio de Jerusalén por parte de Nabucodonosor. Los dirigentes de la ciudad deciden liberar a los esclavos para poder contar con su ayuda en la defensa de Jerusalén. Sin embargo, contrariamente al compromiso asumido, una vez pasado el peligro, aquellos que habían sido liberados vuelven a ser reducidos a la esclavitud. (cf. Jer 34,8-16). ¡La clase dominante, después de haber esclavizado a los pobres, los libera y, una vez pasado el peligro, vuelve a explotarlos!

Pisoteado como polvo

Isaías, retomando Am 2,6-7, pregunta a los ancianos y a los líderes de Jerusalén: «*¿Qué derecho tenéis de aplastar a mi pueblo, de aplastar el rostro de los pobres?*» (Is 3,15).

La injusticia y la humillación de los pobres son a veces expresiones de arrogancia, engaño y violencia. La historia de la monarquía presenta ya hechos emblemáticos. Este es el caso de la turbia relación de David con Betsabé. No sólo abusa de ella, sino que, con una estratagema innoble, hace matar a su marido Urías, un hitita, un extranjero que, a pesar de vivir entre el pueblo, no podía reclamar ningún derecho (cf. 2Sam 11,1-27).

Igualmente, impropio es el comportamiento del rey Acab que, instigado por su esposa Jezabel, hace matar a Nabot para apoderarse de su viña (cf. 1Rey 21,1-16).

Por su parte, el rey Joacim, a diferencia de su padre Josías, explota a los trabajadores y recurre a la violencia: «*Hace que su prójimo trabaje gratis, sin darle salario... Tus ojos y tu corazón sólo miran por tu propio interés, para derramar sangre, para cometer violencia y opresión*» (Jer 22,13.17).

No sólo los reyes, sino también los líderes, jueces, comerciantes y terratenientes ricos explotan y maltratan a los más débiles. La voz de Jeremías se eleva con fuerza: «*En mi pueblo hay gente malvada, que espían como cazadores al acecho, ponen trampas para atrapar a los hombres... Están gordos y gordos, van más allá de los límites del mal; no se preocupan por la causa del huérfano, no defienden los derechos de los pobres*» (Jer 5,26-28).

La condena de Ezequiel dirigida a los líderes de Jerusalén es particularmente severa: «*Sus líderes en medio de ella son como lobos rapaces que desgarran sus presas, derraman sangre y hacen perecer al pueblo por ganancias deshonestas*» (Ez 22,27).

El profeta, dirigiéndose a los terratenedores, añade: «*Los habitantes del campo cometen violencia y se dedican al robo, pisotean al pobre y al necesitado, maltratan al extranjero, contra todo derecho*» (Ez 22,29).

Igualmente, grave es la acusación dirigida a los jueces deshonestos y codiciosos: «*¡Ay de los que dictan decretos injustos y escriben apresuradamente sentencias opresivas, que niegan la justicia a los miserables y defraudan a los pobres de mi pueblo en sus derechos, que convierten a las viudas en presa y para defraudar a los huérfanos!*» (Is 10,1-2).

Tampoco se salvan los comerciantes deshonestos que compran a los pobres por dinero, utilizan balanzas falsas e incluso venden desperdicios (cf. Amós 8,5-6). Con una imagen especialmente cruda, Miqueas acusa a los líderes del pueblo e, indirectamente, a quienes tienen un papel público y social: «*Devoran la carne de mi pueblo y les arrancan la piel, les rompen los huesos y los despedazan, como carne en una olla, como carne cocida en un caldero*» (Mi 3,3).

Avaricia insaciable

Las personas, interesadas en su propio beneficio, no dudan en saquear e incluso masacrar a los demás: «*Nadie tiene misericordia de su hermano. Arranca hacia la derecha, pero todavía tiene hambre; come hacia la izquierda, pero sin saciarse; cada uno come la carne de su prójimo*» (Is 9,18-19). Una codicia incontenible, encaminada a obtener ganancias, se encuentra en las categorías más representativas del pueblo: «*Sus jefes juzgan por dádivas, sus sacerdotes enseñan por ganancia, sus profetas pronuncian oráculos por dinero*» (Mi 3,11).

Las acusaciones de los profetas conocen más precisiones. Para Isaías, los líderes de Jerusalén «*son rebeldes y cómplices de ladrones. Todos están ávidos de regalos y piden propinas*» (Is 1,23). Incluso los jueces «*absuelven al culpable del soborno y privan al inocente de sus derechos*» (Is 5,23).

En términos más generales, los pastores, es decir, los líderes, son voraces y egoístas: «*Sus guardianes son todos ciegos, todos son perros mudos, incapaces de ladrar. Pero estos perros codiciosos, que no pueden satisfacerse a sí mismos, son pastores que no entienden nada. Cada uno sigue su propio camino, cada uno mira por su propio interés, sin excepción*» (Is 56,10-11).

También para Sofonías los jueces son insaciables: «*Sus jueces son lobos de tarde que no roen por la mañana*» (Sof 3,3). No faltan tampoco los sacerdotes que recurren al robo para apoderarse de los bienes de los peregrinos en su camino a Siquem: «*Como bandidos al acecho, una banda de sacerdotes ataca y mata en el camino a Siquem*» (Os 6,9).

A su vez, Baruc, recordando el comportamiento de los sacerdotes adscritos al culto de las divinidades babilónicas, invita a los deportados a no seguir su ejemplo: son sacerdotes que a veces toman oro y plata de sus dioses y «*lo gastan en sí mismos*» (Bar 6,9), «*venden a sus víctimas y se lucran con ellas; de la misma manera las mujeres de este pueblo ponen una parte en sal y no la dan a los pobres ni a los necesitados*» (Bar 6,27).

Alianza comunitaria rota

El pacto que Dios estipuló con Abraham, luego con Moisés, se convierte en alianza con el pueblo elegido. Fundada por iniciativa de Dios, la alianza tiene un valor comunitario intrínseco: ricos y pobres comparten el mismo don, la misma bendición, en la tierra común.

Todos los hijos de Israel son miembros de la comunidad y, en virtud de su pertenencia a ella, tienen derecho a ser acogidos y respetados en su dignidad. No hay trato preferencial para los propietarios y comerciantes poderosos y ricos. El comunitarismo de la alianza excluye formas de marginación y se compromete a cuidar de los más vulnerables: huérfanos, viudas, extranjeros, indigentes. Ezequiel, en su nueva división del territorio, prevé también la acogida

de los residentes no judíos, que tienen derecho a poseer parte del territorio: *«Repartirán este territorio entre ustedes según las tribus de Israel. Lo distribuirás en herencia entre ti y los extranjeros que habitan contigo. Estos recibirán contigo su parte de herencia»* (EZ 47,21-22).

Los profetas, en nombre de la alianza de Dios con el pueblo, cuestionan la búsqueda del bienestar personal e individualista, que conduce a la barbarie, destruye la convivencia comunitaria y, con el tiempo, marca el fin de sus propios operadores.

El destino del gobernante, del rico, del poderoso, está ligado al de toda la comunidad. *«No puede haber un futuro posible de bienestar para la clase dominante, si no está condicionado al bienestar de toda la comunidad. Cuando los fuertes y poderosos movilizan sus recursos y energías para los débiles y vulnerables, se genera paz y prosperidad para todos... La mediación profética, profundamente arraigada en la alianza, asesta un duro golpe a todo individualismo, que supone que puede recibir regalos privados de Jahweh a costa de la comunidad»*².

Del lado del último

El rostro del Señor, recordado por los profetas, es el Dios de los sin derechos: los rechazados y los indigentes, los huérfanos y las viudas, los extranjeros y los esclavos.

Se hace eco del mandato del Señor: caminar en justicia, practicar la verdadera justicia.

Dios pide a los pastores que apacienten el rebaño con justicia. Su petición se vuelve concreta: *«No defraudéis a la viuda, al huérfano, al extranjero, al pobre»* (Zc 7,10). Aún más explícito es Isaías: *«Busca la justicia, ayuda al oprimido, haz justicia al huérfano, defiende la causa de la viuda»* (Is 1,17). El culto agradable al Señor es hacer correr como agua la justicia y la ley (cf. Am 5,24), es romper las cadenas injustas y liberar a los oprimidos, es compartir el pan con los hambrientos (cf. Is 58,6-7).

El Dios de los últimos, el Dios de los rechazados, recordado por los profetas, es el mismo Dios que ordena no hostigar al extranjero, no maltratar a la viuda y al huérfano (cf. Ex 22,20-21), porque él *«hace justicia al huérfano y a la viuda, ama al extranjero y le da pan y vestido»* (Dt 10,18). Es el mismo Señor que, según el salmista, *«levanta del polvo a los necesitados y levanta a los pobres de la basura»* (Sal 113,7), *«defiende la causa de los pobres, los derechos de los necesitados»* (Sal 140,13).

ADORACIÓN FORMAL

Los profetas no se rebelan contra el culto mismo: sacrificios, holocaustos, ofrendas, ayunos, asambleas religiosas, celebraciones de fiestas. Más bien, cuestionan el espíritu con el que se lleva a cabo el culto, cuando se reduce a gestos formalistas, actos externos, prácticas separadas de la vida. De sus escritos surgen acusaciones específicas a este respecto.

Adoración y lealtad

El Señor rechaza las prácticas culturales que entran en conflicto con comportamientos contrarios a sus expectativas.

El reproche en Amós es explícito. El Señor dice: *«¡Ve a Betel y peca, a Gilgal y peca aún más! Ofreced vuestros sacrificios cada mañana y vuestros diezmos cada tres días... Proclamad en voz alta vuestras ofrendas gratuitas, porque eso es lo que os gusta hacer, oh hijos de Israel... Pero no habéis vuelto a mí»* (Am 4,4-6).

² W. Brueggemann, Teología dell'Antico Testamento, Testimonianza, dibattito, perorazione, Queriniana, Brescia, 2002, 834-835

Con sarcasmo el profeta invita a ir a los santuarios de Betel y Gilgal, que ya no son lugares de encuentro con el Señor y de conversión, sino donde la gente sigue pecando y donde los ricos explotadores pueden hacer alarde de sus ofrendas. Posteriormente, el pensamiento de Amós se vuelve más directo y explícito: *«Detesto, rechazo vuestras celebraciones solemnes y no me gustan vuestras sagradas reuniones. Incluso si me ofreces holocaustos, no me gustan tus ofrendas y no considero a las víctimas gordas como una pacificación. Lejos de mí está el estruendo de tus canciones: ¡no puedo oír el sonido de tus arpas! Más bien, que la justicia corra como agua y la justicia como torrente eterno»* (Am 5,21-24). El uso insistente del adjetivo posesivo “tu” subraya que el culto practicado por Israel no agrada a Dios, sino que es rechazado por él. Lo que el Señor, en cambio, espera y aprecia es una justicia perenne, continua e incesante, no ocasional o intermitente.

Igualmente, severo es el recordatorio del Señor en Jeremías: *«¿Por qué me ofreces incienso de Saba y canela preciosa que viene de lejos? No me agradan vuestros holocaustos, ni vuestros sacrificios»* (Jer 6,20).

En particular, Dios rechaza los actos de adoración de quienes suben al templo y al mismo tiempo no observa sus mandamientos. Continúan, dice el Señor, *«robando, matando, cometiendo adulterio, jurando en falso, quemando incienso a Baal, siguiendo otros dioses que no conocisteis. Luego vienen y se ponen delante de mí en este templo en el que es invocado mi nombre, y dicen: “¡Somos salvos!”»* (Jer 7, 9-10).

→ Para el Señor, pues, la primera petición no son los holocaustos y los sacrificios, sino la escucha de su palabra: *«No hablé ni ordené sobre el holocausto y el sacrificio a vuestros padres, cuando los saqué de la tierra de Egipto, pero les ordené: “Oíd mi voz, y yo seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo; caminad siempre por el camino que os prescribiré, para que sean felices”. Pero ellos no escucharon ni hicieron oído a mi palabra; más bien, obstinadamente procedieron según sus malvados corazones y, en lugar de volverse hacia mí, me dieron la espalda»* (Jer 7,21-24).

El culto agradable a Dios es, ante todo, un retorno a Él. Sin embargo, no hay retorno a Dios sin justicia y misericordia. La fidelidad al Señor requiere combinar adoración y justicia. Es la observancia de las dos tablas de la Ley: amar a Dios y amar a los demás.

Primera justicia y misericordia.

Dios rechaza las prácticas de adoración carentes de justicia y misericordia.

El Señor dice: *«¿De qué me sirve la multitud de sus sacrificios? – dice el Señor –. Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de animales cebados; la sangre de novillos, corderos y chivos no me agrada. Cuando entran a visitarme y pisan mis atrios, ¿quién exige algo de sus manos? No me traigan más ofrendas sin valor, el humo del incienso es detestable. Lunas nuevas, sábados, asambleas... no aguanto reuniones y crímenes. Sus solemnidades y fiestas las detesto; se me han vuelto una carga que no soporto más. Cuando extienden las manos, cierro los ojos; aunque multipliquen las plegarias, no los escucharé. Sus manos están llenas de sangre. Lávense, purifíquense, aparten de mi vista sus malas acciones. Cesen de obrar mal, aprendan a obrar bien; busquen el derecho, socorran al oprimido; defiendan al huérfano, protejan a la viuda»* (Is 1,11-17).

El ayuno es también una práctica de culto público y comunitario. No puede reducirse a un comportamiento penitencial externo: cilicio y ceniza. El ayuno agradable a Dios es la defensa de los derechos de las personas, liberación de los oprimidos, solidaridad con los necesitados:

«⁵¿Es ése el ayuno que deseo,
el día en que el hombre se mortifica?
Doblar la cabeza como un junco,
acostarse sobre estera y ceniza,
¿a eso lo llaman ayuno,
día agradable al Señor?

⁶El ayuno que yo quiero es éste:
abrir las prisiones injustas,
hacer saltar los cerrojos de los cepos,
dejar libres a los oprimidos,
romper todos los cepos;

⁷compartir tu pan con el hambriento,
hospedar a los pobres sin techo,
vestir al que ves desnudo
y no despreocuparte de tu hermano.

⁸Entonces brillará
tu luz como la aurora,
tus heridas sanarán rápidamente;
tu justicia te abrirá camino,
detrás irá la gloria del Señor.

⁹Entonces llamarás al Señor,
y te responderá;
pedirás auxilio, y te dirá: Aquí estoy.
Si destierras de ti toda opresión,
y el señalar con el dedo,
y la palabra maligna;

¹⁰si das tu pan al hambriento
y sacias el estómago del necesitado,
surgirá tu luz en las tinieblas,
tu oscuridad se volverá mediodía (Is 58,6-7).

La justicia debe estar casada con la misericordia, el amor y la solidaridad.

La petición formulada por Isaías encuentra un primer eco en Oseas: “*Quiero amor y no sacrificio*” (Os 6,6).

Se confirma en Jeremías: «*Si de verdad haces buena tu conducta y tus acciones, si practicas la justicia hacia los demás, si no oprimes al forastero, al huérfano y a la viuda, si no derramas sangre inocente, te haré habitar en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres desde tiempos inmemoriales y para siempre*» (Jer 7,5-7).

Vuelva a Zacarías: «*Esto dice el Señor de los ejércitos: Practicad la verdadera justicia: cada uno tenga amor y misericordia para con su prójimo. No defrauden a la viuda, al huérfano, al forastero, al pobre, y nadie planee mal en su corazón contra su hermano*» (Zc 7,9-10).

Está resumido en Miqueas. A los que piensan que están haciendo algo agradable a Dios ofreciendo miles de holocaustos, torrentes de aceite, incluso los primogénitos, el Señor responde: «*Hombre, se te ha enseñado lo que es bueno y lo que el Señor exige de ti: practica la justicia, ama la bondad, camina humildemente con tu Dios*» (Mi 6,8).

He aquí, en resumen, lo que es bueno ante Dios: respetar la justicia, practicada concretamente en los tribunales, en las actividades comerciales, en la distribución de bienes, en la defensa de los débiles; comportarse con bondad (he-sed), a través de relaciones marcadas por la lealtad, la benevolencia, la misericordia, la solidaridad; caminar con Dios, dejándose iluminar y sostener por su palabra.

Esperando al Señor

Refiriéndose a las prácticas culturales dominantes, frecuentemente regresan palabras de decepción y rechazo del Señor: No me gusta, no lo soporto, rechazo, odio.

De las acusaciones surgen peticiones específicas. Dios no pide cantidad sino calidad de las prácticas culturales.

1. En primer lugar, rechaza el ritualismo, compuesto de prácticas externas sin participación interna: «*Este pueblo sólo se acerca con la boca y con los labios me honra, mientras que su corazón está lejos de mí*» (Is 29,13).

2. Rechaza los comportamientos mágicos, expresados con prácticas culturales por parte de quienes roban, matan, juran falsamente, queman incienso a Baal y luego se creen salvados porque participan en la liturgia del templo (cf. Jer 7,8-10).

3. Contra una mentalidad “comercial”, basada en el do ut des, el Señor declara que no está en venta: su bendición no puede “comprarse” multiplicando los holocaustos, las ofrendas, los ayunos y las fiestas litúrgicas. ¡La generosidad de Dios no depende del número de prácticas religiosas! Además, Dios, como Padre y Señor, espera un culto digno: no acepta despilfarros como las ofrendas de animales defectuosos y enfermos hechas por los sacerdotes (cf. Ml 1,7-9). En particular, Dios cuestiona y rechaza las ofertas y súplicas de quienes pisotean los derechos de las personas, cometen injusticias y tienen las manos manchadas de sangre.

En efecto, junto a la justicia en las relaciones y en los tribunales, lo que el Señor espera es la misericordia, la bondad, la solidaridad concreta con los débiles, los más desfavorecidos. Este es el “culto de la vida”, expresado en la existencia cotidiana fuera del templo.

Este culto “horizontal”, basado en la justicia y la caridad, es ya el comienzo del culto “vertical”, en la medida en que el creyente vuelve al Señor mediante la escucha y la acogida de la Palabra, la conversión y el cambio de vida. Para los profetas, el “culto a la vida”, semanal y diario, es el ejercicio espiritual que anticipa y hace sincero y verdadero el culto ritual.

Continuidad y creatividad

Las expectativas de Dios presentes en los profetas resuenan en la revelación del Nuevo Testamento y se enriquecen con innovaciones radicales.

El reproche de Is 29,13 es retomado por el Señor Jesús: «*Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. En vano me adoran*» (Mc 7,6-7; Mt 15,8-9). Incluso con acentos propios, se confirma el vínculo entre celebración y vida, entre culto y solidaridad. Jesús pide explícitamente reconciliarse con su hermano antes de presentar la ofrenda en el altar (cf. Mt 5,23-24). Proclama «bienaventurados los misericordiosos, porque ellos recibirán misericordia» (Mt 5,7).

En Juan la institución de la Eucaristía está asociada al lavatorio de los pies (cf. Jn 13,12-15): celebrar la muerte del Señor nos compromete a servir a nuestros hermanos.

A su vez, Pablo denuncia la disociación entre eucaristía y caridad fraterna, como en la comunidad de Corinto donde la celebración de la Cena del Señor es precedida por la comida común reservada a unos pocos privilegiados con exclusión de los más pobres. El Apóstol reacciona enérgicamente: “Cuando se reúnen, ya no están comiendo la Cena del Señor” (1Cor 11,20).

En las comunidades apostólicas, además de determinados momentos de celebración, se da una particular importancia al “culto de la vida”, concretamente a una existencia cotidiana, en familia y en sociedad, vivida en obediencia y fidelidad al Señor.

El primer testigo es Cristo, que en obediencia al Padre se hizo hombre: «Por eso, al entrar en el mundo dijo: *No quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo. No te agradaron holocaustos ni sacrificios expiatorios. Entonces dije: “Aquí estoy, he venido para cumplir, oh Dios, tu voluntad”*, como está escrito de mí en el libro de la ley» (Heb 10,5-7).

Luego, cuando se acerca la hora de la cruz, Jesús confirma una vez más su obediencia: «*¡Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz! ¡Pero no como yo quiero, sino como tú quieres!*» (Mt 26,39).

Es significativa la invitación del Apóstol a los cristianos de Roma: «*Les exhorto, hermanos, por la misericordia de Dios, a ofrecer vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo y agradable a Dios; esta es vuestra adoración espiritual. No se conformen a este mundo, sino transfórmense, renovando vuestro modo de pensar, para que puedan discernir la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto*» (Rom 12,1-2).

No se trata de un culto íntimo sino de una acción concreta inconformista respecto de la lógica dominante. Ofrecer el cuerpo significa involucrar todas las energías de la persona: física, emocional, intelectual. Toda la existencia del creyente: pensamiento, palabra y acción, se convierte en culto espiritual en la medida en que está inspirada por la voluntad de Dios.

Para Jesús se trata de realizar la voluntad del Padre, con todas sus implicaciones existenciales: «*No todo el que me dice: “Señor, Señor” entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos*» (Mt 7,21).

Esta visión fue anticipada por la petición del Señor en un pasaje fundamental de Miqueas, que vale la pena recordar una vez más: «*Practiquen la justicia, amen la bondad, caminen humildemente con su Dios*» (Mi 6,8).

CRONOLOGÍA DE LOS PROFETAS BÍBLICOS					
AÑOS	ERA	DURACIÓN	GUÍAS, REYES, GOBERNADORES	PADRES E PROFETAS	
± 1200-1030 a.C.	Sociedad tribal	± 170	Jueces	Samuel (± 1070-980 a.C.)	
1030-722 a.C. 1010-587 a.C.	Monarquía en Israel Monarquía en Judá	± 308 ± 423	Saúl (± 1030-1010 a.C.) David (± 1010-970 a.C.) Salomón (970-931 a.C.)	Gad e Natán (± 1000 a.C.)	
Era monárquica			Roboam 931-913 Abiam 913-911 Azá 911-870 Nadab 910-909 Basá 909-886 Ela 886-885 Zimri 885-885 Omri 885-874 Ajab 874-853 Ocozias 853-852 Yoram 852-841 Ocozias 841-841 Iehú 841-814 Atalia 841-835 Yoás 835-796 Yoajaz 814-798 Amasías 796-781 Ioas 796-783 Azarias 781-740 Jeroboam II 783-743 Yotam 740-736 Zacarias 743-743 Salum 743-743 Menajem 743-738 Pecajia 738-737 Ajaz 736-716 Pecaj 737-732 Oseas 732-722 Ezequías 716-687 Manasés 687-642 Amón 642-640 Josías 640-609 Yoacaz 609-609 Joaquín 609-598 Joaquín 598-597 Sedecías 597-587 Caída de Samaria (721 a.C.) y Exilio en Asur (Ninive) Caída de Jerusalén (587 a.C.) y Exilio en Babilonia	Elías ed Eliseo (± 875 a.C.) Amós (± 770-750 C.) Oseas (± 750-725 a.C.) I Isaías (± 740-700 a.C.) Miqueas (± 740-700 a.C.) Sofonías (± 630-600 a.C.) Jeremías (± 626-587 a.C.) Nahúm (± 612 a.C.) Habacuq (± 607-598 a.C.)	
			Exilio	587-538 a.C.	Exilio en Babilonia
Era persa	539-333 a.C. 538 a.C.	Dominación persa Edicto de Ciro el Grande	206	Zorobabel y Josué (521 a.C.?) Nehemías (445 a.C.) Esdras (398 a.C.)	III Isaías (± del 538ss a.C.) Ageo (520 a.C.) Zacarías (520-518 a.C.) Malaquías (± 480-450 a.C.) Abdías (± 445-443 a.C.?) Joel (± V sec. a.C. o ss.) Jonás (± IV-III sec.a.C.) Daniel (± 167-166 a.C.?) Baruc (± II-I sec.a.C.)
	332-323 a.C.	Dominación griega	9	Alejandro el Grande	
Helenismo	323-301 a.C.		22	Guerras entre los Diadochi	
	301-198 a.C. 198-129 a.C.	Dominación ptolemaica Dominación seléucida	103 69	Ptolomeo I de Egipto y su dinastía Antiocho III de Siria (198 a.C.) Antiocho IV Epifanes (175 a.C.)	